

Encuentro con Recabarren

JULIO MONCADA

Conocí a Recabarren alrededor de 1929.

Vivíamos con mi familia en la calle Melchor Concha, cuyo final se empinaba hacia el cerro San Cristóbal, atravesando la subida un canal que era la delicia de los chiquillos del barrio y el terror de las madres, por su correntada fría y asesina. Esto no impedía que una vez desembarazados de las tareas escolares —y, a veces, sin sacárnoslas de encima— jugáramos apasionantes regatas con los pequeños barcos labrados por nosotros mismos a cuchillo, y con nombres de navíos verídicos, “Doña Flora”, “El Aguila”, “Sandokán”. Un día, imborrable de la memoria, llegaron al sitio eriazó que seguía al canal, un camión municipal cargado de postes y calaminas, con los que los hombres que venían con la carga, empezaron a levantar una construcción de emergencia. Instalaron una especie de galpón, grande, abierto por uno de sus costados. ¿Para qué era la construcción? Las vecinas se informaron con rapidez telegráfica y con la misma rapidez llegó a nuestras orejas la noticia: “Vienen los cesantes...”. Zumbaba por el barrio, barrio de clase media baja, temerosa clase media, esta versión: “Vienen los cesantes...”. Yo no había aún oído esa palabra, pues mi padre era un oficinista con trabajo regular y mi vastísima familia, más bien pequeños latifundistas, profesionales y empleados públicos.

¡Los cesantes...! A los pocos días llegaron. Serían unas veinte familias, ceñudas, desharrapadas, las mujeres cargando unos pocos

enseres de cocina, silletas de paja a medio desarmar, algún retrato de Balmaceda, ollas. Y perros. Y chiquillos. Todos con la piel quemada del sol, todos con los pies desnudos o algún remedo de ojota sobre las costras de la miseria. Los hombres tenían los ojos huidizos y las manos les colgaban a los costados, como si nunca se hubieran cerrado sobre el mango de las palas o la tersura de los chuzos con que abrían las costras del salitre, en la vastedad de los desiertos del norte de Chile.

Poco a poco nos fuimos informando. Era gente que había quedado sin trabajo como consecuencia de la llamada crisis mundial. Habían cerrado las "oficinas" salitreras y una gran corriente de seres humanos atravesó la mitad del país, para ir en busca del trabajo y el pan que ellos creían, florecía en la capital y el sur de la patria. Pero tampoco había trabajo y pan en el poderoso Santiago. Acaso porotos apollillados, arroz con gusanos que algún Intendente repartía entre los trabajadores y sus familias y que se cocinaba en una gran olla común, entre el trajín de mujeres, chiquillos y perros. Los hombres se movían menos. Tenían vergüenza de su condición de cesantes y pasaban horas muertas sentados al sol de aquel otoño frío, después de recorrer calles y plazas buscando algún "conchabo" en la ciudad hermética.

Allí empecé a conocer a Recabarren.

Porque se había establecido una corriente social entre la chiquillería recién llegada y nosotros, un pequeño grupo de niños del barrio y en virtud de las nuevas amistades, circulábamos también por el "albergue" con la misma propiedad que sus habitantes. Alguna vez compartimos, a hurtadillas de nuestras familias, el pan negro y duro y el plato humeante de porotos que nos tendieron las manos atezadas de alguna madre popular.

En una de esas noches llegó Recabarren.

Estábamos haciendo una amplia rueda al fogón primitivo, que humeaba de leña verde, pero afuera goteaba la lluvia, los "melancólicos pianos" de Neruda, soplaban un vientecillo norte y era cálido ese rincón de pobreza, con olor y dolor de pobreza, pero también con su ancha fraternidad.

Uno de los hombres que tomaba bocaradas de un vino ácido en su tarro de "choca", empezó a cantar:

"Canto a la pampa, la tierra triste,
próvida tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste
ni en lo más bello de la estación..."

Pronto se elevó un coro de voces roncadas, agriadas por el aguardiente, entenebrecidas por la vejez prematura de los cesantes. Eran versos de una rebeldía ingenua, que empleaban palabras difíciles, pero que salían como un poderoso chorro destapando la angustia de los caminantes del desierto. Una guitarra empezó a rasguear melancólicamente. Y con esa ayuda, la canción que hablaba de sudor amargo, de explotación, de muerte para el "pampino", se elevó dentro del albergue, como si éste hubiese sido una catedral sonora.

Entre mis muchos amigos estaba cerca mío el maestro Rodríguez. Pampino curtido, de anchas espaldas y una eterna faja roja sosteniendo sus parchados pantalones, a media pierna desnuda, era de los que cantaba con más ganas. La melancolía de los versos se transformaba en imprecación en sus labios. Cuando terminó la canción alguien gritó: ¡Viva la FOCH!!!, y se alzó un coro respondiendo a la consigna espontánea.

—Maestro... —lo tiré de la camisa—. ¿Qué es la FOCH? —le pregunté en un cuchicheo.

El maestro Rodríguez me miró. Consideró en silencio dubitativo mi aspecto de chiquillo bien vestido y alimentado e inclinándose a mi alcance: “Es —me dijo— la Federación Obrera de Chile... Una organización que nos defiende de la explotación capitalista. La fundó don Reca, Luis Emilio Recabarren, que también fundó muchas imprentas y teatros en la pampa... Murió hace poco... Fue un padre para los obreros del salitre. Era como un santo...”.

Dio una pitada a su trozo pequeño de cigarrillo y perdió la mirada entre la gente.

Recabarren. ¡Qué nombre tan sonoro! Primera vez que lo oía, pero empecé a conocerlo en esa lejana noche de mis diez años. Sentí una gran curiosidad por saber más de ese personaje que fundaba igual imprentas que conjuntos filarmónicos o teatrales. Seguí indagando por uno y otro lado, hasta completar en mi imaginación la estampa de un hombre alto de frente ancha, de ojos dulces y palabras a veces como el roce de las manos que se aman o como latigazos contra una sociedad injusta y cruel, que yo empezaba a conocer al lado de los porotos viejos y duros, junto a esa leña que ardía con crepitaciones de savia fresca y con mi amigo el maestro Rodríguez, maestro sin igual en la fabricación de pequeños juguetes de lata o de madera.

Nos cambiamos de casa. No volví por el albergue, pues nos fuimos a otro barrio distante. Pero el nombre de Recabarren ya no se borró de mi conciencia. Y un día cualquiera lo volví a oír.

Esta vez estábamos viviendo en la calle Lucio Cuadra, de la comuna de Ñuñoa. Todas las tardes aparecía por las veredas arboladas, al costado de las acequias rumorosas, Sánchez, el manicero. Se detenía en la esquina y echaba a rodar su voz: “¡Maní... Calentito el maní!”... Y los mocosos lo rodeábamos, golosos y espectadores, pues sabíamos que, de pronto, Sánchez nos alcanzaba un cucurucho de papel de diario, lleno de maní.

Sánchez, no sólo era, para nosotros, una especie de encarnación de la diosa Ceres. También era poeta. Y cuando quería descansar un tanto de su largo y pesado caminar, se sentaba en el quicio de alguna puerta, o debajo de un copudo plátano oriental y nos recitaba sus versos. No los recuerdo. Pero sí el argumento, que generalmente era la tragedia del hombre pobre frente al rico patrón de fábrica, o gerente de compañía explotadora. Sánchez tenía una cara morena de luna llena. Enamoraba a las muchachas, empleadas de la burguesía o textiles de una fábrica cercana. A veces nos mandaba a dejarle a alguna de sus huríes un pequeño ramito de flores, envuelto en papeles

donde estaban sus versos, versos que nunca conocieron la "letra impresa", pero que se desgranaron, como los de un auténtico aeda, por calles y calles al ritmo cansino de las ruedas de su barco manicero, con la pequeña columna ilusoria del humo...

Un día nos dijo: —Escribí unos versos para Recabarren... Es el día de su cumpleaños...

Yo me paré de un salto: —Lo conozco —le dije—, era ese hombre que hacía imprentas en la pampa...

Me miró asombrado. —¿Cómo sabes esas cosas, muchacho? ¿Tú eres del norte?

—No —le respondí—, pero he oído hablar de él...

—Si no hubiera muerto —dijo mi amigo, con gravedad—, todos los chilenos viviríamos mejor. No habría tanta pobreza en esta tierra...

Y leyó los versos, donde comparaba a don Luis Emilio con una espada vengadora de los pobres de la tierra, con el sol que hace germinar los trigos, con la fuerza del trabajo.

Se fue, como todos los días. Pero me dejó otra vez, viva y activa, la imagen del Padre de los Pobres, como le llamaron alguna vez. Y cuando Sánchez volvía por nuestra calle, no solamente sus versos eran el tema recurrente. Poco a poco, mi amigo manicero, desenvolvía recuerdos de su adolescencia. Así supe de las masacres obreras de 1905 y 1907 en la pampa. Del cruelísimo incendio del local de la FOCH de Punta Arenas, con los obreros y sus familias adentro, de la revolución rusa y la esperanza que significaba para todos los pobres del mundo. Además, Sánchez completaba sus discursos teóricos con bibliografía. Empecé a leer a los autores rusos. Averchenko, Tolstoy, Dostoiewski, fueron moldeando una ideología que completó Gorki. Sánchez no alcanzaba a darme un libro cuando ya le estaba pidiendo otro. Por aquellos días, operaron a mi madre de alguna dolencia femenina y antes de marchar para la clínica, me regaló diez pesos. ¡Toda una fortuna! El automóvil que la llevaba no había dado todavía vuelta a la esquina, y yo ya tenía todo invertido en libros. Los días que mi madre estuvo hospitalizada, yo leía toda la noche, metiendo una linterna eléctrica debajo de las ropas de cama, pues mi padre me exigía que apagara la luz temprano para ir con puntualidad a la escuela. Puedo decir con Gorki que ésas fueron mis universidades. Y Sánchez, el rector diligente y acucioso que me elevó a la categoría de lector apasionado e incesante.

Recabarren estaba al fondo de mi naciente amor por las cuestiones sociales.

* * *

Pasaron varios años. Ya habían quedado atrás Teresa, Luchía, mi prima Chela, Nadia, la hermosa señora que encandiló mis 16 años. Era un jovencito de incipiente bigote y de flamante militancia. Corrían los días de la Guerra Civil española. Fui designado secretario juvenil del Comité de Ayuda a España Leal. Y en una de esas

reuniones de solidaridad llegó a ofrecernos un informe un hombre de edad llamado Elías Lafertte, que había sido desterrado por la dictadura de Ibáñez a la Isla de Pascua, flagelado en cada oportunidad que se pudo, encarcelado muchas veces y que había escapado a las matanzas obreras del norte. Ese hombre había sido educado por Recabarren. Don Luis Emilio le había transmitido directamente su fervor por la cultura, la moral austera de los mejores, la fuerza de convicción de las cabezas dirigentes. Y nos habló de su maestro, en una de las salas de la Casa América, viejo caserón de la calle Mac Iver, donde también se reunía la FOCH y se veían los estandartes de las mancomunales obreras y los sindicatos, las banderas de Unión Social, de la I.W.W., y otros organismos de unidad de los trabajadores.

Cuando terminó el acto, me acerqué a don Elías. Y lo sometí a un largo cuestionario sobre Recabarren, que completó mis conocimientos semidirectos sobre esa figura, que ya entonces tenía perfiles míticos.

El tiempo me acercó a don Elías y después conviví en muchas oportunidades con él. A su lado aprendí que nuestro Padre de la Patria, hijo y a la vez creador de la fuerza popular chilena, está ahí, como esculpido en las rocas cordilleranas o grabado en la sal de los desiertos, para siempre, desafiando el desgaste del tiempo y las cenizas del olvido.



LA PAZ DE LOS CEMENTERIOS

Hay que partir del principio de que el hombre es esencialmente malo y que hay que enderezarlo. Quien crea lo contrario está nada más que contribuyendo a que el comunismo se fomente. Es mejor pensar que es malo y contenerlo. Y para eso hay que tener una buena policía que proteja la tranquilidad de la ciudadanía y que lleve una buena arma en el cinto para que infunda respeto y autoridad. Y esa arma es la que infunde la paz.

(Alvaro Puga. "Alexis", en entrevista con la revista **Hoy**, 16-22 de septiembre, 1981.)